

Juan María Alponente

SÓCRATES Y EL JUICIO AÚN PRESENTE EN LA MEMORIA HUMANA

La filosofía, los filósofos—señalé—no se inventaron. Viven y nos sobreviven. Con esas palabras terminaba el capítulo anterior. Las recupero porque la vida de Sócrates—470⁸-399 antes de Jesucristo— sigue siendo actual, más actual, más significativa que nunca.

Hijo de escultor y de madre partera, Sócrates no pertenecía a los altos niveles sociales y culturales de Platón y Aristóteles. No escribirá nada—se escribe permanentemente sobre él y le reescriben— pero será el maestro, el punto de referencia y de conflicto de generaciones enteras que asumen, finalmente, que su percepción dialógica y vívida—la palabra, en Sócrates, es su existencia— le conduce a la muerte, es decir, a un juicio, aún universal, por negarse a aceptar, reverente, los mitos y los dioses de la Ciudad.

Emplear la palabra moral, dar la vida por ella, puede plantear, acaso, un arriesgado énfasis de súper-moralización. Ello horrorizaría a Sócrates. Ya los jueces le habían prohibido hablar con los jóvenes porque los corrompía. Él respondía: “¿Tampoco puedo preguntar?”. Menos, le respondían. “¿Y por qué?”. “Porque tú, Sócrates, sabes las respuestas y, con ello, suscitás un diálogo perverso”. Simplifico sin eludir lo esencial: Sócrates preguntaba, sin más, para penetrar la materia mortal de los lugares comunes y generar una interrogación ética, una angustia que requería el esfuerzo consciente de la respuesta. Era lo que le reprochaban los jueces: “Tú lo sabes bien”. Sócrates se excusaba: “Es mi *daimon*, mi voz interior, la que me obliga al diálogo”.

La respuesta era absoluta. Prohibirle no sólo hablar con los jóvenes, sino prohibirle, también, lo que él llamaba el *techne logon*, esto es, el arte de razonar.

⁸ Algunos historiadores dicen que “**hacia el año 469**”. No es determinante para el análisis.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Irónico, la ironía es un estilete que penetra los muros teológicos, contestaba a los jueces así no más: “Yo estoy dispuesto a obedecer, ¿pero puedo preguntarles sobre algo que no entiendo por mi ignorancia ya que el *techne logon* que no me permitís que use, concierne sobre el razonamiento de lo que es justo o falso? Si algo es lo justo es claro que yo no debo abstenerme de razonar, pero si algo es falso, es patente que yo debo esforzarme en razonar bien⁹...”.

Platón, en su famosa Apología de Sócrates recupera la defensa que hizo su maestro, de sí mismo, en el juicio histórico. Antes de llegar a ese punto merece la pena detenerse en un texto suyo (no muy conocido porque La República, La Política, o Las Leyes, una parte solamente de la obra de Platón, globalizan su pensamiento) muy incitante: Las Epístolas de Platón a sus Amigos.

En La Carta de Platón a los Parientes y Partidarios de Dion¹⁰, el filósofo, hablando de los sueños de su juventud, dice así: “...Yo me hacía ilusiones que, dada mi juventud, no pueden asombrar. Imaginaba que estos hombres iban a gobernar la Ciudad conduciéndola de una vida injusta a una vida justa. Yo estaba muy curioso de cómo lo iban a hacer. Vi, en poco tiempo, que hacían aparecer el régimen precedente como una edad de oro. Además de las otras violencias que habían apresado a Sócrates, este viejo amigo mío, del cual yo no me sonrojo al decir que es el hombre más justo de esta época...Querían por la fuerza conducirlo a la muerte con el objeto evidente de obligarle, de buen grado o de mal grado, a ser cómplice de sus artimañas. Pero Sócrates rehusó obedecer y prefirió exponerse, a todos los peligros, antes que asociarse a sus propósitos”.

En su Apología de Sócrates, Platón recupera, de un lado, el discurso de la defensa de Sócrates y, a su vez, las Acusaciones contra él. No duda en afirmar que el “crimen de impiedad”, principal acusación, era grave en Atenas, entre todas las otras, y entrañaba la pena capital.

⁹ “**The Trial of Socrates**”. I. F. Stone.

¹⁰ “**Platon, Lettre aux amis**”. Traducción del griego por Odette Bellevue. Éditions Mille et une nuits.

Juan María Alponente

En la Apología de Sócrates Platón no duda en resaltar, para nuestros días, párrafos de la acusación que no son distintos a los que tuvo que soportar Galileo en 1633 –*hereticus relapsus*, esto es, hereje intratable– porque sostenía la tesis de Copérnico de que no era el sol y los cuerpos solares los que giraban en torno de la Tierra (creada por Dios para morada de los hombres) sino al revés. Muchos siglos antes Sócrates sufriría una acusación semejante.

“Entonces, Meletos, –asevera Sócrates en su defensa– en nombre de esos dioses mismos, háblame –sintetizo sin que se pierda el texto platónico– con más claridad todavía al igual que a los jueces de este Tribunal...”.

“Esto que yo digo, insiste Meletos, es que tú no crees nada en los dioses”.

Sócrates: “¿Qué es lo que te hace creer eso, oh, prodigioso Meletos, es pues, que yo no creo en los dioses como creen el resto de los hombres que el sol es un Dios y también la luna?”.

Contesta Meletos: “¡Por Zeus! Él no lo cree. Jueces, puesto que dice que el sol es una piedra y la luna que es una tierra”.

Sócrates: “El hecho es, atenienses, que mi adversario paréceme que ha perdido toda medida –*sophrosyne*– y que esta acción judicial denota una cierta desmesura (*hybris*)...”.

En La Apología de Sócrates Platón dedica 248 páginas –en el texto que yo leo– a la lectura y relectura de acusaciones y defensa. Irónico y preciso, una vez condenado, hará una demostración dialéctica del juicio con las propias palabras de Sócrates: “Que yo me indigne, atenienses, del resultado, del voto, por el cual me habéis condenado, bien de razones contribuyen a ello...pero de lo que me maravilla mucho es el número de votos que ha tenido cada parte. Yo no creía que la diferencia sería pequeña (débil dice el texto) al contrario yo la había pensado muy grande. Ahora, en efecto,

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

parece claro, que si solamente 30 votos¹¹ se hubieran cambiado yo hubiera salido libre...”.

Ciertamente, Sócrates se permite la ironía aunque ello implicará la muerte. En otras palabras de los 500 jurados la condena a muerte se precisó así: 280 concluyeron que Sócrates era culpable y 220 votaron en favor de su liberación. En consecuencia, como señala Sócrates, si 30 votos, de los 280, se hubiesen desplazado de la culpabilidad a la liberación, los jueces se hubieran dividido en dos partes iguales: 250.

Xenophon, en su relato del proceso, señala que Sócrates, hombre del logos, podía haber hecho un discurso, desde la plenitud retórica, que hubiera aumentado notoriamente –dado el gusto de los griegos por la elocuencia– el número de jueces en favor de Sócrates.

Sócrates respondió que su *daimon* o *daimonion*, su voz interior –¿hablaba de la conciencia?– le había disuadido de hacerlo. Hermógenes, que habló con él sobre el mismo tema, dijo que Sócrates no pretendía huir de la muerte. Xenophon añade algo incitante en su Apología. Señala que Sócrates que era adversario decidido de la pena de muerte no incluyó en su discurso de defensa esa proposición que, dicha por él, podía haber dividido más, aún, al Tribunal. I. F. Stone, en su apasionante libro sobre Sócrates, insiste en que el maestro de Platón aceptó la muerte.

Sus discípulos le acosaron también para que huyera al exilio. En el diálogo con sus discípulos sobre ese tema, que se recupera, muy bien, en el texto de Phedon, esto es, el diálogo de despedida para sus discípulos, Sócrates insiste en que la muerte es también una liberación. Dejaba, tras sí, a su mujer (Xantipa) y sus hijos. Tomó, con calma, la cicuta, el veneno. Su muerte y el proceso conforman una lectura filosófica cuyo desenlace todavía es, hoy, una enorme interrogación ética. Si sabemos, eso sí, que el exilio le era imposible de aceptar porque era quedar lejos de las instituciones

¹¹ En este punto existen diferencias en las cifras de las votaciones, pero la cuestión no es decisiva. La voz de Sócrates no le incitó a una defensa más elocuente. ¿Prefería morir? ¿Sabía su significado universal?

Juan María Alponente

atenienses. Eso le era insoportable. No es Atenas el problema; lo que era trágico, para él, era abandonar sus Instituciones. Una inmensa reflexión emerge de esa decisión.

Phedon ha relatado, también, la muerte de Sócrates. Recibió a su esposa y sus hijos y otros familiares. Habló, sereno, con sus discípulos. Un funcionario entró –Sócrates se había bañado antes– con la copa de cicuta en la mano. Cuando la vieron todos sus discípulos, Phedon dicit, se pusieron a llorar desconsoladamente. Sócrates, con la copa en la mano, dijo “que le parecía obligatorio hacer a los dioses una oración para realizar felizmente el cambio de residencia: de aquí a allá”.

Bebió la cicuta y dijo: “¡Vamos, calma y firmeza!”. Los discípulos lloraban. Sócrates se puso a andar. Dijo a Critón que sentía ya pesadumbre en las piernas. Le apretaron fuertemente el pie. Le preguntaron si lo sentía. Contestó: “No”. Le dijeron que cuando la pesantez llegara a su corazón, cara y cabeza era llegado el tiempo de partir. Critón le cerró, finalmente, la boca y los ojos. Critón oyó decir: “Sócrates ha sido el mejor, el más sabio y el más justo”.

Platón termina su Apología con las últimas palabras de Sócrates: “He aquí, que ha llegado la hora de irnos, yo para morir en cualquier tiempo ¡vosotros para continuar viviendo! ¿Quién de vosotros o de mí verá mejor destino?...”.

Xantipa, la esposa de Sócrates, discrepaba siempre de su marido porque, según ella, pasaba más tiempo con sus discípulos que con ella. Un día, enfadada y furiosa, tomó un caldero de agua y lo arrojó sobre el grupo. Sócrates sólo dijo esto que sigue: “Como vosotros veis bien después de la tormenta viene siempre la lluvia”.

El juicio de Sócrates, como el de Galileo arrojan sobre el mundo una inmensa interrogación sobre la terrible empresa que es la lucha por la verdad.

Lecturas filosóficas

(La lucha por los derechos humanos y el Estado de Derecho)

Aristóteles, como Sócrates, había definido la equidad con la palabra *epieikeia*. En páginas anteriores se advierte que en la *Ética* (o *Éticas*) a Nicómaco se definía la *epieikeia* como el espíritu de la ley frente a la letra de la ley. ¿Qué quiso decirnos Sócrates, a su vez, al beber la cicuta? ¿Qué quiso decirnos, Galileo, cuando se arrepintió de defender las tesis de Copérnico para salvar su vida y, despacio y en voz baja dijo, salvado, *eppur si muove*? Efectivamente era la Tierra la que giraba alrededor del sol y no, al revés, como adoración a la obra de Dios que había hecho la Tierra para morada del hombre y, por tanto, los astros giraban en torno de ella. Giordano Bruno, por lo mismo, no se arrepintió ni dijo, en voz baja, *eppur si muove*, y por ello fue entregado a las llamas. Los *hoi polloi*, los muchos, aplaudieron los crímenes.